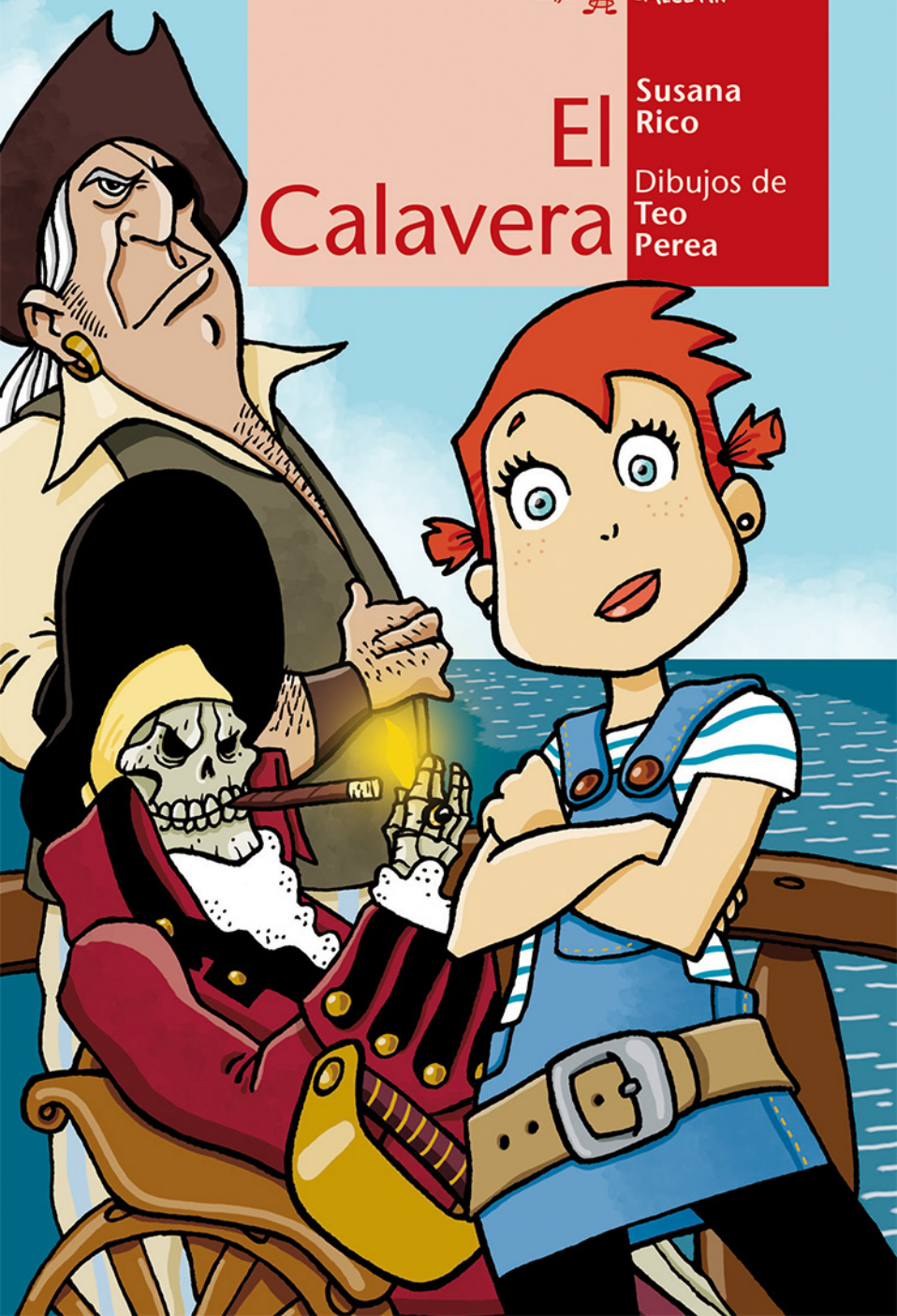


algar  CONSEJO
CALCETIN

El Calavera

Susana
Rico

Dibujos de
Teo
Perea



1

Días de playa

Me gustan los líos. Los busco, los persigo y hasta que no estoy metida hasta las cejas en un buen follón no me siento a gusto. En mi defensa también he de decir que, el día que yo no los busco, son ellos los que vienen a mí. Al menos eso es lo que me ocurrió aquella vez en la que, sin comerlo ni beberlo, me vi de pronto en el enredo más gordo y peligroso de mi vida. Tan gordo y peligroso que terminé convertida en la diana de una partida de dardos.

Todo empezó una mañana cualquiera en la que oí unos extraños chillidos y corrí a la ventana. Eran pájaros.

Por un momento pensé que eran gaviotas, pero no, no lo eran. ¡Menuda tontería! ¿Qué iba a hacer una bandada de gaviotas en una ciudad a setecientos kilómetros de la costa? A veces mi cerebro me juega malas pasadas y me hace ver cosas que no son. Como eso de las gaviotas. Supongo que por cualquier motivo me pongo a recordar aquellos quince días que tanto añoro. Los únicos que hasta entonces había pasado en la playa. Pero no los extraño por eso del mar y la arena. Bueno, en parte sí. ¿A quién no le gusta ir a la playa? Pero más que nada porque ese fue el último verano que pasé con mi padre. Dos meses después se marchó y, salvo en fotografías, no lo he vuelto a ver.

No se fue porque quisiera, sino porque se lo llevaron. Es decir, que... murió. Yo tenía cinco años y, aunque ya hace siete de eso, no hay un solo día que no piense en él.

Aquellas dos semanas en la playa fueron los mejores días de mi vida. Recuerdo que, cogidos de la mano frente al mar, le dije:

—Papá, ya sé lo que quiero pedirles a los Reyes Magos este año.

—¿Qué quieres, mi vida?

—Quiero convertirme en gaviota y surcar los mares.

Mi padre se rio y prometió pedir lo mismo. Luego, añadió:



–Pero tendremos que comer pescado crudo.

–¡Puagh! ¡Qué asco! Mejor, cambio de idea; pediré ser una gaviota que solo coma espaguetis.

–¿Solo espaguetis? ¿Nada de pizza? –me preguntó.

–¡Oh! Sí, pizza también, por supuesto, y hamburguesas.

Mi padre soltó otra sonora carcajada y me alborotó el pelo con la mano. Entonces se agachó para quedarse a mi altura y me señaló el horizonte.

–¿Sabías que algunos de nuestros antepasados fueron lobos de mar? –Lo miré atónita.

Ya de mayor deduje que tal vez por eso le gustaban tanto las maquetas de barcos. Tenía un montón de veleros desperdigados por toda la casa. Yo, muchas veces, lo miraba maravillada mientras él iba pegando las diminutas piezas y me iba informando de sus diferentes partes.

Pero en ese momento que me dijo lo de los lobos no lo comprendí. Nunca había oído que hubiera lobos marinos. ¿Tendrían aletas en lugar de patas y escamas en vez de pelo? Mi padre debió de entender mi expresión de perplejidad y continuó:

–Me refiero a que eran hombres que se pasaban el día en el mar. Algunos fueron marinos y otros piratas.

–¿Piratas con pata de palo? –pregunté llena de alborozo.

–Bueno, no sé si llevaban pata de palo, pero seguro que tenían una gran espada para luchar contra el enemigo y hacerse con el tesoro.

Y al decir aquello hizo el gesto de desenvainar una y, tras blandirla en el aire, me tocó la barriga y yo me dejé caer como si de verdad me hubiese herido.

–Estoy muerta. ¡Aaagggghhh!

Nos sentamos en la arena y yo lo agarré del brazo mientras contemplábamos la puesta de sol. Al ser nuestro último día en la playa, nos quedamos hasta bien entrada la tarde escuchando el sonido de las olas y observando las constelaciones. Me mostró la Osa Mayor y la Menor. Y, a pesar de que ya lo había hecho antes, yo seguía sin poder distinguirlos.

Además de las maquetas de barcos, mi padre tenía otra afición: la astronomía. A raíz de su muerte, mi madre me dijo que papá había tenido que viajar a una lejana estrella por motivos de trabajo. El trabajo consistía, nada más y nada menos, que en despedir o dar la bienvenida al Sol y a la Luna, de acuerdo con el sueño que tuviéramos. Si estábamos muy cansadas, entonces ordenaba al Sol que se escondiese, y si aún no teníamos ganas de ir a la cama, entonces decía a la Luna que esperara un poco. En ese momento, la creí. Y es que, con cinco años, confías en que todo lo que te dicen los adultos es verdad.

–¿Ves esto? –Asentí sonriente al ver lo que me enseñaba–. Me lo dio tu abuelo antes de morir y

yo te lo regalo a ti. ¿Te gusta? –me preguntó mi padre mientras me colocaba el colgante alrededor del cuello.

–Mucho. ¿Pero es que tú te vas a morir?

Creo que no estaba preparado para contestarme, porque se quedó callado, mirándome. Entonces apartó la vista hacia el mar y eligió otro tema de conversación con el que pronto olvidé mi pregunta.

–¿Sabías que esta joya abre el cofre del tesoro más grande del mundo?

Y empezó a contarme una historia sobre un antepasado nuestro, que era capitán de un barco pirata, que buscaba ese tesoro y que para encontrarlo tuvo que enfrentarse a los más temibles bucaneros.

Por aquella época, no comprendía por qué mi madre nos miraba a los dos tan embobada y las lágrimas se le caían a borbotones casi de continuo. Cuando mi padre la veía llorar, se acercaba a ella, la abrazaba y luego le decía alguna tontería con la que terminaba sacándole una carcajada.

¡Cómo lo echo de menos!

A veces presiento que me observa, incluso que me habla. «Papá, ¿eres tú?», pregunto en esos casos, pero nunca obtengo una respuesta.

Por supuesto, aquellas Navidades, no pedí eso de la gaviota, sino que mi padre volviera con nosotras. Los Reyes me trajeron muchos regalos, pero no el que yo deseaba. Al año siguiente, para que resultase

más efectiva mi petición, no solo escribí una carta, sino cientos de ellas. Mi padre tampoco regresó.

Con el tiempo llegué a pensar que la magia de los Reyes Magos era limitada. Incluso para ellos había cosas imposibles. Hoy en día, con doce años, hace tiempo que dejé de creer en ellos y también de confiar en los adultos.

No es que le eche la culpa de mi rebeldía. Pero, en parte, sí la tiene. Al menos podría haberme avisado. «Me voy, hija, cuida de tu madre», o algo así. Un último abrazo, un último beso, una última mirada, un último te quiero.

Es posible que hiciera todo eso y que la culpa fuese mía por no haberlo captado. No lo sé. Aunque, si hubiese sabido que aquel iba a ser nuestro último abrazo, jamás lo habría soltado.

Mi madre también me lo ocultó y sigo enfadada con ella.

La nariz me cosquillea y no me gusta mi cara cuando lloro, así que volveré a relatar lo que sucedió aquella mañana.

Mi madre entró de sopetón en mi cuarto a pesar de haberle dicho mil veces que llamara antes de hacerlo. Ni siquiera en mi cuarto puedo disfrutar de un poco de intimidad.

—¡Jessica! —vociferó.

¡Cómo odio que me llame así! Lo que menos me gusta de este mundo son mi nombre y mi pelo color

zanahoria; por eso lo llevo corto como los chicos. Todo el mundo me llama Jess, menos mi madre, claro.

Para entonces los pájaros ya habían desaparecido de la ventana. No obstante, antes de girarme y centrarme en mi madre, mi mirada se desvió hasta un individuo desaliñado, que estaba de pie junto a una farola en la acera de enfrente a mi casa. Parecía un vagabundo. Lo que me llamó más la atención fue la manera en que observaba mi casa, como si buscara algo en ella. Nuestros ojos se cruzaron durante un instante, al cabo del cual se ajustó la gorra que llevaba en la cabeza y echó a andar calle arriba. Unos segundos después, perdía de vista su abrigo oscuro y lleno de remiendos.

—¡Apártate de la ventana y ayúdame a recoger un poco! Tenemos un huésped que en unos minutos vendrá a ver la habitación —continuó mi madre.

¡Lo que faltaba!

Mi madre trabaja como cajera en un supermercado y con su sueldo es complicado llegar a fin de mes. Así que siempre que podemos alquilamos el cuarto que tenemos libre. Hasta entonces los inquilinos habían sido siempre muy amables, y guardo un grato recuerdo de todos ellos. ¿Sería el hombre misterioso nuestro nuevo huésped? Tal vez por eso miraba mi casa con tanto interés...